

## La enredadera de jazmín

Un día la enredadera de **jazmín** anunció en alta voz a las plantas que convivían con ella en el **balcón**: —¡Estoy más aburrida que un hongo! Cualquiera lo estaría de estar en un mismo sitio haciendo lo mismo todo el tiempo. Lo que soy yo hoy mismo me voy de paseo. Y sin pensarlo dos veces, se desenredó, se estiró lo más que pudo y **tomó rumbo** hacia la sala de la casa. Allí hubo mucho que ver, **palpar**, olfatear, escuchar y observar. En las paredes había pinturas atractivas. Las tablillas estaban ocupadas por artesanías de todas partes del mundo. Había muchos pequeños **cofrecitos** de madera, de cerámica y de cuero, y en cada uno había un papelito con un pensamiento.! ¡Se podrán imaginar lo mucho que se entretuvo la enredadera! Nadie se percató de la **mudanza** de la enredadera a la sala. Cómo iba a notar lo mamá Delia, si se pasaba el día en el trabajo y cuando regresaba a casa corría a su estudio para sentarse frente a su **laptop** para atender su correo electrónico, navegar y chatear. ¿Y cómo se iba a dar cuenta papá Pedro, si apenas llegaba del trabajo se acomodaba en su ancha poltrona, lanzaba sus zapatos, prendía la televisión y de allí no se movía hasta que le diera sueño? Apenas si sacaba tiempo para prepararse un sándwich en los anuncios. ¿Y cómo iba a saberlo Pedrín, si apenas terminaba su tarea, se ponía a jugar con su Nintendo? Al ver a cada quien en lo suyo, la abuela que les visitaba de cuando en cuando intentó hacer la vida de Pedrín más activa: —Ese niño necesita tener un perrito —dijo. En menos de lo que canta un gallo, mamá Delia y papá Pedro le compraron a Pedrín un perrito; solo que era un **perrito de Nintendo**. Según los padres, el perrito era ideal para un apartamento. Pedrín estaba más que feliz con su perrito. Cuando la abuela hizo la recomendación no imaginaba cuán **cibernéticos** se habían convertido mamá Delia,



papá Pedro y Pedrín. Cuando hizo la sugerencia ella pensaba en un perro de carne y hueso que le quitara la **inercia** a Pedrín y lo motivara a correr, brincar, tomar aire fresco, y le dijo: —Pedrín, ¿cómo puedes divertirte con un perrito de mentira? —Abuelita, mi perrito es casi de verdad, solo le falta hablar. Es mejor que un perro de carne y hueso. ¿No te das cuenta de lo vivo que es? Por no pasar de **anticuada**, la abuela respondió con fingido entusiasmo: —Sí! ¡me parece genial! ¡Ay, ¡qué lindo! ¡Ay qué gracioso! ¡Ay, ay, ay! Tan ocupados estaban mamá Delia, papá Pedro y Pedrín, cada uno en lo suyo, que apenas si tenían tiempo de saludarse y conversar,

mucho menos para recibir visitas. No creo que recordaran que tenían un balcón con una olorosa enredadera de jazmín y una colorida **veranera**. La empleada era quien se encargaba de regarlas y lo hacía solo de cuando en cuando. La enredadera seguía feliz en la sala. Se entretuvo enrollándose en la lámpara de pie y adornándola con su verde **follaje** y florecitas blancas. Trepó por la pared hasta alcanzar los cuadros de pinturas y tapó con sus verdes pinceladas los que no le gustaron. Si alguien hubiera visitado la sala, hubiera notado el cambio, pero nadie pasó por allí, ni siquiera la empleada que, sin tener quien la vigilara, hacía lo que le daba la gana y tenía una tremenda pereza de sacudir los muebles de la sala. Una noche de **insomnio**, la enredadera se fue a dar un paseo por el pasillo que conducía a los dormitorios. En el camino se encontró con **anaqueles** llenos de libros y se trepó para averiguar de qué se trataban. Los libros la recibieron con **suma** alegría, pues hacía mucho tiempo que nadie los visitaba, pero tal era el polvo que despedían que los blanquísimos pétalos del jazmín se tiñeron de un gris desagradable y a la enredadera le dio tal **coraje** que **prosiguió** su marcha sin leer nada. Entró en el dormitorio de Delia y Pedro y los encontró profundamente dormidos. Se trepó en la cama repartiendo pinceladas verdes y blancas y antes de irse, dejó caer muchos pétalos en la lustrosa cabellera de Delia. Sintió de pronto tanto sueño que se fue directo al balcón donde durmió **a rama suelta**. Esa mañana cuando mamá Delia despertó, encontró su cuarto **impregnado** de una, **fragancia** deliciosa. —! Huele a jazmín —exclamó—. ¡Qué agradable! Mamá Delia se estiró, levantó la cabeza y su cama se llenó de florecitas blancas. ¡Se tocó la cabeza y sus manos se llenaron de jazmines! Mamá Delia abrazó a papá Pedro quien roncaba fuertemente a su lado.



—¡Qué hermoso gesto has tenido, Pedro! —le **susurró** al oído. Y le **estampó** un sonoro beso a su “bello durmiente”. —¿Qué hice? —preguntó papá Pedro medio dormido—. Yo no hice nada. En eso entró Pedrín y mamá Delia lo recibió con besos y abrazos. —!Entonces fuiste tú! —le dijo dándole un fuerte abrazo—. !Qué hijito más dulce tengo yo que despierta a su mami con flores de amor! .Aaaahhhh? —dijo Pedrín, pero se dejó acariciar. Hacía tiempo que su mami no le daba un abrazo, ni le decía cosas dulces. En el balcón también despertaron sus ocupantes al olfatear la fragancia de la enredadera de jazmín quien fue recibida como el **hijo pródigo**. —Nos hiciste mucha falta —le dijo la rosa roja. —Sin ti la vida dejó de ser olorosa —le dijo la veranera. —Nos faltó la frescura —le dijo el helecho. Esa tarde cuando todos estaban nuevamente de regreso a casa, mamá Delia no corrió a su computadora, ni papá Pedro prendió la televisión, ni Pedrín se puso a jugar con su perrito de Nintendo. Los tres se fueron al balcón tomados de la mano y se tiraron en la ancha hamaca. La fragancia de la enredadera de jazmín les trajo recuerdos de la hermosa mañana que habían pasado. Mamá Delia y papá



Pedro abrazaron fuertemente a Pedrín y nuevamente lo felicitaron por su lindo gesto. —Yo no hice nada —dijo Pedrín—, de veras que no. Debieron ser los **duendes**. Ustedes creen en los duendes, ¿verdad? Y el niño terminó riendo a **carcajadas** por las cosquillas de cariño que le hacían sus padres, que estaban seguros de que Pedrín jugaba con ellos. ¡Ese Niño era todo un hijo! —Claro que creemos en los duendes —dijo mamá Delia.



—Qué tal si los tres nos vamos a navegar por Google. Así aprenderemos mucho de los duendes. —! Yipi! —dijo Pedrín. —Voy a prender la computadora —dijo papá Pedro. Y se fueron abrazados los tres. La enredadera de jazmín encontró de pronto que su sitio estaba allí en el balcón con la familia, y soltó su mejor fragancia para que no perdieran la costumbre. Y no la perdieron. Siguieron pasando ratos agradables con fragancia de jazmín mientras conversaban sobre sus **hallazgos** al “navegar”, la película que vio papá Pedro, los descubrimientos nuevos de Pedrín. La enredadera, cada día más **tupida** y hermosa, se convirtió en una compañera inseparable que unía a la familia.

